

JOSÉ JAVIER VIÑES, UN ALCALDE DE PAMPLONA PARA LA TRANSICIÓN

José Miguel IRIBERRI RODRÍGUEZ
iriberti43@gmail.com

Parlamentario Foral en dos tiempos, senador, alto cargo en las carteras de sanidad del Gobierno de Adolfo Suárez, primero, y de Miguel Sanz, después, José Javier Viñes Rueda -fallecido el pasado enero, a los 85 años de edad- dedicó cerca de cuatro décadas de su vida a la política y a los cargos políticos, entendidos siempre por él como un servicio a la comunidad.

Entre todos esos años, Viñes destacaba a menudo su paso por el Ayuntamiento de Pamplona como alcalde de la ciudad, el más breve en el tiempo de todos sus cargos públicos. No es que no llegara a los cuatro años de una legislatura, que tampoco, es que duró veinte meses. Solo veinte meses, entre septiembre de 1972 y mayo de 1974, sin más fiestas que las de San Fermín de 1973. Breve tiempo, pero de gran intensidad.

En la década de los 70 del otro siglo, todavía bajo el régimen de Franco, la legislación local de la llamada "democracia orgánica", cuidadosamente redactada para ahogar la representación ciudadana, los concejales llegaban al ayuntamiento por un sistema de tercios -cabezas de familia, sindicatos y entidades- y los alcaldes de las capitales eran designados por el Ministerio de la Gobernación. En Pamplona, sin embargo, saltaron las alarmas del régimen local del franquismo: el ayuntamiento no funcionaba con arreglo a las previsiones gubernamentales. Habían llegado a la corporación municipal concejales decididos a hacer ciudad en el sentido clásico del municipalismo, y a hacer "oposición" al régimen, de manera insospechada y alarmante para el Gobierno Civil, que miraba con lupa. Eran los llamados "concejales sociales", la mayoría de la Hermandad de Obreros de Acción Católica, y otros por el tercio sindical e incluso alguno por el de entidades.

PUERTAS Y VENTANAS ABIERTAS

En septiembre de 1972, José Javier Viñes, con 31 años de edad, acepta el cargo de alcalde de Pamplona que le ofrece el entonces ministro de la Gobernación, Tomás Garicano Goñi. El ministro, que además era de Pamplona, conocía la marcha del ayuntamiento y las intervenciones de los concejales sociales en los plenos. Su candidato para la alcaldía, también. Pero uno y otro estaban pensando en fines distintos: el ministro, en cerrar las ventanas consistoriales abiertas por la creciente y expansiva oposición; el candidato, por el contrario, apoyaría la apertura mantenida ya por su predecesor en el cargo, Joaquín Sagüés, que se había visto a aban-



José Javier Viñes en su época de alcalde.

donar la alcaldía por enfermedad. El Gobierno se había equivocado con él y repetiría la equivocación con el joven Viñes, médico especialista en sanidad pública e historiador, en horas libres, de personas y situaciones relacionadas con la medicina. Esas candidaturas le salieron al Gobierno por la culata.

José Javier Viñes protagonizaría fuertes debates con el grupo de concejales sociales y con el grupo de quienes no aceptaban sus mociones, pero atento siempre al aire de cambio que soplaba en la sociedad, de manera que el debate ideológico y político sonara con fuerza municipal en el Ayuntamiento de Pamplona. La Transición había subido con adelanto desde el zaguán de la Casa Consistorial. "El ayuntamiento era el único foro, el único escaparate en el que expresar la diversidad de pareceres políticos, marcando la frontera entre el interés social y el económico, entre lo progresista y lo conservador. Era un foro de debate en el que se habían abierto las puertas al público y a la prensa, esto es, a la información general", recordaba Viñes años después.



Riau Riau de 1973. La Corporación con el Alcalde, cinco concejales y el Secretario.

El nuevo alcalde era consciente del interés que la información municipal de Pamplona despertaba más allá de las mugas forales y de la preocupación y el disgusto provocado en instancias gubernamentales. “La realidad, en paralelo a los debates políticos plenarios -pensaba Viñes- es que pocos ayuntamientos podían acercarse al de Pamplona en el trabajo por la ciudad, su eficacia y su imaginación”.

Veinte meses después de su nombramiento llegaría la destitución. Verdaderamente, el señor alcalde se la había ganado a pulso. Y desde el principio, porque las alarmas gubernamentales saltaron al mes siguiente de la primera sesión plenaria y por cuestiones ajenas a la misma. En octubre, al mes siguiente de tomar la vara de mando, Viñes recibe del gobernador civil una invitación para asistir a una conmemoración de la “Fiesta del Caudillo”. Lo piensa y no tarda en tomar la decisión: no irá. No cree que ese tipo de actos correspondan a su agenda municipal y al trabajo en la ciudad y para la ciudad. Contesta que no asistirá a los actos. Al día siguiente el gobernador le comunica que él y el resto de las autoridades asistentes le habían echado en falta. Hoy diríamos que el nuevo alcalde había dejado su tarjeta de visita: no aceptaría que nadie le marcara ningún camino extraño al trabajo que se había planteado al aceptar el nombramiento.

En unas primeras reflexiones hechas públicas para los ciudadanos, el nuevo alcalde señalaba algunas de sus principales preocupaciones: la financiación municipal, el patrimonio, la creación de grupos escolares, la reorganización administrativa, el tráfico y los aparcamientos, la comarca, suelo para viviendas e industrias y todo lo que pudiera relacionarse con la situación de Pamplona a las puertas de Europa. A ninguna de esas preocupaciones le volvió la espalda. Una de ellas le aproximaría a la destitución: Europa.

EUGUI Y LA EUROPA DEMOCRÁTICA

El 12 de septiembre de 1973, con un año en el cargo, José Javier Viñes acudió a Eugui, en representación del Ayuntamiento de Pamplona, para la inauguración del pantano, que aseguraba de momento el suministro de agua a la capital y a su comarca. Por parte del Gobierno se presentó en Eugui el ministro de Obras Públicas, Gonzalo Fernández de la Mora, ideólogo por entonces del régimen y autor del libro “El crepúsculo de las ideologías”.

El alcalde de Pamplona tenía una formación europea por sus estancias en Francia, Suiza y otros países del continente, en cursos y viajes dentro de sus estudios de sanidad. Para él, como para tantos españoles, Europa era la libertad: un futuro en democracia. Y por ahí preparó su discurso. Lo llevaba por escrito y repartió copias del mismo a los medios de comunicación, en el espíritu de puertas abiertas del ayuntamiento. Su referencia a las comunicaciones justificaba la visión europea. Viñes abrió su intervención destacando que precisamente en Eugui, a 18 kilómetros de Francia, “deseamos hacer patente nuestras inquietudes y demandas enfocadas al futuro desarrollo y proyección de Pamplona y Navarra entera, con el fin de rogar que las mismas puedan ser incorporadas a los programas futuros de vuestro ministerio. Y es así como deseo llamar la atención de la gran importancia que tiene para España, para Navarra, y de manera concreta para Pamplona, el vivir mirando hacia la Europa de los 10, de la que nos encontramos a unos pocos kilómetros”.

Siguiendo en la misma línea, Viñes añadió que “esta facilidad de acceso, hoy, en el siglo XX, y con una proyección europea, debemos plantearla en el sentido de que Navarra ha sido y es la puerta natural de Europa, y hacia Europa entendemos debe seguir siendo en un doble movimiento cultural y económico”.

El ministro de Obras Públicas no pasó por alto las palabras del alcalde capitalino. Entendió el fondo del mensaje, más allá del vocabulario, y respondió directamente en una parte de su discurso. “El alcalde de Pamplona -dijo Fernández de la Mora- nos ha hablado de Europa y yo comprendo que Navarra viva con importancia este problema de nuestro tiempo, que es la reincorporación de Europa. Navarra está más cerca de Europa y si entendemos por estar más cerca la superación en los niveles del desarrollo y de ciencia, en este sentido Franco es el máximo europeizador. Este es el camino que nos llevará a un puesto de vanguardia”.

José Javier Viñes no tardaría en comprobar los efectos de su discurso. De vuelta a los coches, nadie se le acercó, nadie le dijo nada. Llegó al coche municipal sin ningún acompañante. Antes de la comida, pasó por la Jefatura de Sanidad para despachar algún asunto de urgente firma. Luego, en la mesa, volvió a comprobar el vacío. Probablemente, el ministro le preguntó al gobernador por el alcalde y sus inquietudes europeas; el gobernador, proba-



Inauguración de la Avda. de Bayona. E. Grenet, alcalde Bayona * Ruiz Gordo, Gobernador * J. J. Viñes.

blemente también, le contestó que, además de los dichosos concejales sociales, le estaba amargando los días el alcalde de la capital. Corría, ya se ha dicho, el mes de septiembre de 1973: Viñes no llegaría a festejar los Sanfermines del año siguiente.

No era el alcalde de Pamplona de 1973 el primero en acordarse de Europa aprovechando la cercanía de Francia. En junio de 1960, en el acto de la firma del "jumelage" con Bayona,, el entonces alcalde de nuestra ciudad, Miguel Javier Urmeneta, destacó directamente el acto como "un microtrato internacional muy grande en simbolismo porque es una manifestación de dos ciudades que aspiran a la unión de todos los pueblos de Europa".

LA PLAZA DE LOS FUEROS Y ESPACIOS ABIERTOS

Mientras tanto, por debajo de ese puente de calado político, corría el agua del día a día de la ciudad y la gestión pública. De la Plaza de los Fueros, una idea dibujada por el arquitecto tudelano Rafael Moneo, que emprendía el camino de los premios internacionales, de aquel proyecto, recordaba Viñes que logró un punto de encuentro entre los concejales. Por la plaza en sí misma y por el plan de generar espacios abiertos ganando los solares de los cuarteles militares próximos. El ayuntamiento acordó no edificar en los terrenos que hubieran correspondido a los números pares de la calle Yanguas y Miranda. Se recuperaba de esta forma terreno de glació de la Ciudadela. Suspendida la edificabilidad, con la inevitable pérdida de ingresos municipales, el alcalde sentenció que "vamos a cambiar la moneda económica por la moneda ciudad". El centro de Pamplona, el lugar de todos los ciudadanos, ganaba espacio.

"Si de algo puedo sentirme satisfecho, y conmigo todo el ayuntamiento, es por la futura configuración de la zona de cuarteles -afirmaba el alcalde- por-

que todos nos encontramos con la enorme oportunidad, y a la vez responsabilidad, de disponer en 1974 de solares libres, en lo que es, de hecho, el centro urbano. El plan parcial que encontré al entrar en el ayuntamiento incluía viviendas y, desde luego, era la primera tentación dada la situación económica". Finalmente, el ayuntamiento salvó el espacio que va desde la Plaza de los Fueros hasta la Avenida del Ejército, entre la Ciudadela y la calle de Yanguas y Miranda.

Viñes recordaba también asuntos tan distintos como la promoción de aulas escolares (en número de 80), la entrada de la mujer en la Policía Municipal, expedientes por San Jorge, Rochapea y otros barrios, suelo industrial, provisiones para las basuras, el reparto del agua con la labor del Servicio Municipal de Aguas, el debate del campus de la Universidad de Navarra. Sin embargo, en su discurso de despedida en el salón plenario no presentaría un inventario de asuntos tratados -resueltos unos y en marcha otros- y dedicaría su adiós al fondo de su paso por el despacho de la vara de mando y las llaves de la ciudad. "Me despido sin nostalgia -aseguró Viñes-, porque nunca vivo hacia el pasado; por el contrario, lo hago con la sensación de haber caminado, junto a mis compañeros de corporación, en la modelación de una ciudad cada vez más justa, más importante y más bonita". Añadió que "he sido fiel a los compromisos que adquirí hace veinte meses, cuando dije que llegaba sin ningún condicionamiento, a un ayuntamiento de fuerte participación, buscando un equilibrio que ha permitido que los concejales construyeran con entusiasmo la ciudad". En ese sentido pudo destacar que asumía "la responsabilidad de haber llevado una alcaldía sin admitir presiones" y que agradecía "la comprensión de los concejales" y el apoyo cuando en determinados sectores de interés pedían silenciosamente su cese. José Javier Viñes había recibido el anuncio de la destitución del cargo que, en un primer momento, le comunicó por teléfono el gobernador civil.

6 de julio 1973. El alcalde Viñes en el Ayuntamiento tras el chupinazo.

LA PUERTA DE SALIDA, DE FORMA FULMINANTE

Alcanzada esta altura del recuerdo, ya sabemos que la destitución del alcalde llegado en septiembre de 1972 podía haber ocurrido en distintos momentos anteriores a junio de 1974 porque el titular había ido acumulando puntos para ello. La cuestión es que José Javier Viñes dio un paso en mayo de ese año, exactamente el día 16, que le puso de nuevo en el zaguán de la Casa Consistorial, esta vez rumbo a la calle.

En la sesión de aquel día 16 de mayo, se reincorporaban al pleno tres ediles de los sociales -Muez, Echániz y Velasco- tras una sanción gubernativa de dos meses de suspensión en el cargo. Al abrir la sesión, y como alcalde presidente, José Javier Viñes tomó la palabra para "dar la bienvenida a nuestros compañeros en su reincorporación" a las tareas municipales. Y les "deseaba y rogaba" que siguieran trabajando con "la ilusión de siempre". Es decir, que unos concejales sancionados por el Gobierno Civil recibían la "bienvenida" del alcalde. Fin. El gobernador tardó exactamente ocho días en descolgar el teléfono, llamar a Viñes y comunicarle que fuera recogiendo los papeles lo antes posible.


Pues, adelante. Sin tiempo que perder. Se daba la circunstancia de que para tres días después del anuncio telefónico de la destitución estaba convocada una sesión plenaria ordinaria, que iba a terminar con el extraordinario asunto de la despedida del alcalde: "Quiero dirigirme por última vez desde este estrado a los ciudadanos para decirles que solo he trabajado para ellos y que ha merecido la pena el trabajo", enfatizó Viñes, tras destacar la labor en una corporación municipal "que desea al-



canzar la más clara y directa participación política en las tareas públicas".

El Gobierno comprobaba que, hasta el último momento, Viñes Rueda había progresado adecuadamente hacia la destitución. Y por si no bastaban las palabras del destituido, ahí estaban las pronunciadas por un concejal de los sociales como portavoz del grupo: "Señor alcalde, hace poco nos dio usted la bienvenida a varios concejales suspendidos que volvíamos del pueblo al ayuntamiento; hoy, usted, con la destitución, pasa del ayuntamiento al pueblo: deja usted un buen recuerdo de trabajo y dedicación".

Creo que a José Javier Viñes no le hubiera importado lo más mínimo que los acontecimientos se hubieran precipitado un poco después en el tiempo, un par de meses, las semanas necesarias para celebrar los que hubieran sido sus segundos Sanfermines como alcalde, después de haber disfrutado de la programación completa de los del 73. Entre las muchas situaciones y anécdotas sanfermineras, Viñes recordó una en concreto, comentada en la comida de despedida que le dieron las peñas. En la noche del 14 de julio, antes de las 24.00 horas, pero ya con una notable concentración de personas, el alcalde salió al balcón, cogió el micrófono y gritó: "Pamploneses, quedáis convocados a las 12.00 horas del 6 de julio del año que viene en esta plaza". Convencido de que no había precedentes de convocatoria desde el balcón, se consideraba el creador de otro más para la lista de "momenticos" de fiestas.

José Javier Viñes Rueda, un alcalde en la Transición y para la Transición hacia la Constitución de la convivencia y la libertad aprobada en las urnas en 1978, cuatro años después de su destitución. 



Sanfermines 1973, al alcalde Viñes con la Peña Sueca